

Dos textos de Newman. La última carta a W. Froude. La Carta a Flanagan

I. LA INFERENCIA Y EL ASENTIMIENTO, EN LA ÚLTIMA CARTA A W. FROUDE

William Froude (1810-1879) fue amigo de Newman desde su juventud en Oxford. No se distanció de él, cuando Newman se convirtió, su amistad duró toda su vida. En cambio, en el terreno religioso derivó hacia un escepticismo a base de ciencia y crítica, típico del siglo XIX. Ambos se escribieron durante 35 años, sobre todo de temas religiosos.¹

El texto que presentamos es la última carta de Newman, en respuesta a otra de Froude desde Sudáfrica. La carta no fue enviada, porque mientras Newman la corregía, le llegó la noticia de la muerte de su amigo.

La carta es un resumen vigoroso, a pesar de la edad, de las ideas que Newman había expuesto casi diez años antes en su *The grammar of assent*.² No la traduzco entera, entresaco aquellos textos que expresan mejor el pensamiento de Newman.

*EL TEXTO DE LA CARTA*³

Certeza de las proposiciones y certeza de la mente

Discrepamos en nuestro sentido y en nuestro uso de la palabra “cierto”. Yo lo uso de las mentes, tú de las proposiciones. Concedo totalmente la incertidumbre de todas las conclusiones en tu sentido de la palabra, pero mantengo que la mente puede, en mi sentido, estar cierta de conclusiones que son inciertas en el tuyo.

Así, cuando tú dices: “nadie situado en un alto nivel científico deja de tener presente que un resto de duda acompaña a las verdades científicas más sólidamente demostradas”, yo me alegro siempre de aprender de los hombres de ciencia, como de todo hombre, pero en este caso no necesito su ayuda, dado que yo mismo he mantenido [...] que “los casos concretos no admiten demostración”. Es decir, en tu sentido de la palabra “duda”, el reconocimiento y la afirmación de que la prueba no está completa del todo acompaña a toda proposición. Esto lo mantengo lo mismo que tú. Pero si lo que quieres decir es que las leyes del entendimiento humano no le mandan y le fuerzan

1. Cf. M. OLIVE, “Le problème de la grammaire de l’assentiment d’après la correspondance entre Newman et William Froude », en *Bulletin de Littérature Ecclésiastique*, 1936, pp. 216-240.

2. Una visión de conjunto de la *Gramática del asentimiento* puede verse en: J. PEGUEROLES, “Otra verdad, otra razón”, *Espíritu* 47 (1998).

3. Traduzco el texto de: W. WARD, *The life of J. H. Cardinal Newman* (1912), vol. II, pp. 587-592.

a aceptar como verdaderas y a asentir absolutamente a proposiciones que no han sido demostradas lógicamente (*if you mean that the laws of the human mind do not command and force it to accept as true and to assent absolutely to propositions which are not logically demonstrated*), esto lo tengo por una paradoja [*paradox*] tan grande que todos los filósofos científicos de Europa serían incapaces con su testimonio unánime de forzarme a creerlo [*believe*].

Que la Gran Bretaña es una isla es una verdad geográfica, científica. Los científicos están ciertos de ella, no tienen en su entendimiento duda alguna. Aunque admitirán con razón que un resto de deficiencia en la prueba la acompaña como tesis [o proposición] [...].

Los científicos y los creyentes

Y sigo diciendo que esto que lo científicos creen de la Gran Bretaña, a saber, que su insularidad es una verdad absoluta, es exactamente lo que nosotros creemos de la divinidad del cristianismo. Y así como los científicos prestarían una atención respetuosa y sincera, pero no simpatía, al oír a un hombre de renombre y posición intentar probar que Gran Bretaña no es una isla, así del mismo modo los creyentes, si un hombre en quien confiamos viene a nosotros y nos expone su convicción de que el cristianismo no es verdad, nos sentiremos ciertamente tan poco atraídos por este hombre, como los científicos hacia el que quería persuadirlos de que Gran Bretaña estaba unida al continente. Aunque eso sí, para proceder rectamente deberíamos hacer todo lo posible por hacer justicia a sus argumentos, que es lo que yo siempre he intentado hacer en el caso de increyentes. Por supuesto, se me dirá que no puedo evitar estar predispuesto, pero esto también puede decirse de los científicos.

Certeza sin demostración

Sostengo, pues, y pienso ciertamente que los filósofos científicos, si son sinceros, también lo han de confesar, que hay verdades de las que estamos ciertos, aunque no estén probadas lógicamente (*there are truths of which they are certain, tho' they are not logically proved*); que han de ser cordialmente aceptadas, como si estuvieran sólidamente probadas; que han de ser aceptadas más allá de su grado de probabilidad, consideradas como conclusiones de sus premisas [...].

Es una ley de nuestro entendimiento aceptar con asentimiento interior como absolutamente verdadero lo que todavía no está demostrado (*it is the law of the human intellect to accept with an inward assent as absolutely true, what is not yet demonstrated*). Todos observamos esta ley. La ciencia puede pretender ignorarla, los científicos la observan cada día de su vida, exactamente igual que los hombres religiosos la observan en su propio campo.

Diferencia entre inferencia y asentimiento⁴

Un acto de inferencia es distinto de un acto de asentimiento y su fuerza [la del asentimiento] no varía con la de la inferencia (*an act of inference is distinct from an act of assent, and its strength does not vary with the strength of the inference*). Ciento y un testigos refuerzan la inferencia basada en cien testigos, pero no el asentimiento.

4. En sus escritos autobiográficos y en la fecha de 30 de octubre de 1870, escribe NEWMAN: "Estando en Glion, junto al lago Lemán, se me ocurrió lo siguiente: Te equivocas al querer partir de la certeza (la certeza no es más que una especie de asentimiento), debes empezar estableciendo la diferencia entre asentimiento e inferencia".

Hay una facultad de la mente que he llamado sentido inductivo (*the inductive sense*)⁵, que cuando se ejercita y usa bien, corresponde a la *frónesis* de Aristóteles (siendo su campo, no la virtud, sino la “inquisitio veri”), que decide por nosotros, más allá de toda regla técnica, cuándo, cómo, etc., pasar de la inferencia al asentimiento y cuándo y en qué circunstancias, etc., no [...].

Proceso y crecimiento

Hay un proceso gradual que fuerza la mente a aceptar las grandes conclusiones. Y la mente siente confianza en su corrección por el hecho de este proceso gradual [...].

Lo repito, no es por silogismos o por otro proceso lógico que se llega a conclusiones fiables, tales que imperen nuestro asentimiento (*I repeat, it is not by syllogisms or other logical process that trustworthy conclusions are drawn, such as command our assent, but by that minute, continuous, experimental reasoning*), sino por aquel razonamiento minucioso, continuo, experimental, que parece pobre en el papel, pero que lentamente va creciendo hasta formar un impresionante cúmulo de pruebas; y si nuestro punto de partida ha sido verdadero, conduce a un resultado verdadero.

ADDENDA

En una carta anterior, de 1868, dirigida a otro corresponsal, Newman nos ofrece otro resumen de su pensamiento sobre la inferencia y el asentimiento. Transcribo algunos fragmentos.

“I consider there is no such thing as a perfect logical demonstration; there is always a margin of objection even in Mathematics, except in the case of short proofs, as the propositions of Euclide. Yet on the other hand it is a paradox to say there is not such a state of mind as certitude [...]. It is a law of our nature, then, that we are certain on premisses which do not reach demonstration [...]. No syllogism can prove to me that Nature is uniform, but the argument is so strong, though not demonstrative, that I should not be “fronimos” but a fool, to doubt [...]. Paper logic, syllogisms, and states of mind are incommensurables”.⁶

II. EL DESARROLLO DE LA DOCTRINA, EN LA CARTA A FLANAGAN

La carta de Newman a John Stanislas Flanagan (1868) ha sido descrita como “the clearest and most succinct explanation” de su teoría del desarrollo del dogma, expuesta, en 1845, en su obra *An essay on the development of christian doctrine*. La carta fue publicada por primera vez, con unas páginas de introducción, por Hugo M. de Achaval, en *Gregorianum* 39 (1958) 585-596, con el título: “An unpublished paper by Cardinal Newman on the development of doctrine”.⁷

EL TEXTO DE LA CARTA

San Hilario y san Ireneo pudieron usar expresiones o hacer afirmaciones acerca de la santa Trinidad o la Encarnación, que más tarde el gran desarrollo católico posterior rechazó, sin que erraran en la aprehensión real de la doctrina misma. Y lo que afirmo en el caso de estos Padres respecto de estas doctrinas cardinales, lo afirmaré

5. En *The grammar of assent* lo llamó “illative sense”.

6. Texto en W. WARD, o. c., vol. II, pp. 248-249.

7. No traduzco las primeras páginas (591-592), que tratan de la infalibilidad.

en el caso de los Apóstoles en lo que se refiere a todas las doctrinas en general. Siempre he pensado que la explicación que he dado del estado mental de san Hilario respecto de la Encarnación se puede aplicar (*mutatis mutandis*) al estado mental de san Pablo respecto de, pongamos por caso, la Inmaculada Concepción. Digo “*mutatis mutandis*”, porque los Apóstoles estaban inspirados y los Padres, no.

Un ejemplo, la filosofía de Aristóteles

Empecemos por los Apóstoles. ¿Qué queremos decir cuando afirmamos de alguien que *domina* un sujeto, digamos la ciencia? ¿Qué significa *saber* la filosofía de Aristóteles? ¿Significa que uno tiene siempre presente en su mente todas las doctrinas, todas las opiniones, todas las tendencias intelectuales y morales de Aristóteles? Esto es imposible. Ni el mismo Aristóteles, ni mente humana alguna puede tener presente a la vez una multitud de pensamientos. La filosofía, como sistema, está guardada en la *memoria*, si quieres con raíces profundas en ella, pero en la memoria, y de allí se la saca de acuerdo con la ocasión. Un conocedor de Aristóteles es alguien que puede responder a cualquier pregunta filosófica del mismo modo que habría respondido Aristóteles. Si hay preguntas que no se formularon en tiempos de Aristóteles, él también puede responder a ellas. Y esto de dos maneras: por el instinto, por el hábito formado en su mente, que posee un entendimiento plenamente aristotélico. Y después, por procesos seguros de razonamiento. Así como un médico anatómico, plenamente formado, sabe si el más pequeño hueso o el trozo de hueso que tiene delante es humano o no, así el perfecto aristotélico sabrá si esta o aquella opinión, conjetura, generalización, negación, es aristotélica o no. En cierto sentido sabe más que Aristóteles, porque en situaciones nuevas posteriores a la época de Aristóteles, él puede responder y responde a preguntas a las que también Aristóteles habría dado respuesta, pero por falta de oportunidad no lo hizo. Hay otro punto de vista en el cual el perfecto aristotélico parece aventajar a Aristóteles, aunque no es una superioridad real, a saber, que en el intervalo temporal entre Aristóteles y él mismo ha habido crecimiento de una tecnología, un vocabulario científico, que hace que la filosofía sea más fácil de recordar, más fácil de comunicar y defender; en una palabra, le hace capaz de verla como un todo, *per modum unius*, con una visión mental superior a la visión de un entendimiento igual, en otras palabras, *caeteris paribus*, y si no es más vigorosa que la visión de Aristóteles, ello se debe a la superioridad del vigoroso entendimiento creativo de Aristóteles. Dicha tecnología con sus explicaciones sostiene su entendimiento, como los corchos al nadador, como la vara al equilibrista, como el cinturón al corredor, y le guarda de errores accidentales, de deslices momentáneos, de los que el más vigoroso y más perspicaz entendimiento de Aristóteles era la salvaguarda. Pone a salvo su enseñanza, dispuesta en todo momento, como una especie de memoria técnica, que a la vez guarda los principios elementales y condensa la tradición de mil preguntas y respuestas, de controversias y resoluciones, que tuvieron lugar entre el tiempo de Aristóteles y el suyo propio.

Los Apóstoles y la Iglesia

Tal aparato científico tiene sus peligros. En las mentes comunes, en vez de dirigir las al genio y alma de la filosofía, hará de la tecnología el principio y el fin de su estudio, y serán formalistas, pedantes, fanáticos y su conocimiento verbal los hará tan poco filósofos, como si el nadador pudiera nadar por llevar corchos [...]. Pongamos un ejemplo de la teología [...], tomemos las palabras “*Spiritus Sanctus superveniet in te et Virtus Altissimi*, etc.” ¿A qué persona de la Santa Trinidad se refieren las palabras “*Spiritus Sanctus*”? Yo pienso que un Apóstol contestaría al momento: “A la Tercera”. Así ha respondido la Iglesia. Pero algunos de los Padres antiguos respondieron: “A la

Segunda". ¿Por qué decían: "La Segunda"? Porque individualmente no eran perfectos teólogos. La diferencia está en que el Apóstol responde al instante, y la Iglesia con incertidumbre, con intervalos. Porque lo que el Apóstol es en su propia persona, esto es la Iglesia en su total evolución a través de los tiempos, per modum unius: un viviente y presente tesoro de la mente del Espíritu de Cristo.

Sigamos con el contraste entre los Apóstoles y la Iglesia. Los Apóstoles no sólo sabían el Credo apostólico: qué conocimiento más pobre sería, a no ser que el sentido de cada palabra fuera conocido en plenitud. Ellos tenían que conoder todo y más que todo acerca de la palabra "Hijo de Dios", que la Iglesia ha proclamado desde su tiempo. Y así de cada artículo y parte de cada artículo. ¿Qué se entiende entonces por Depositum? ¿Es una lista de artículos que pueden ser numerados? No, es un gran cuerpo de pensamiento [it is a large philosophy], en el que todas las partes están conectadas y en cierto sentido son correlativas entre sí, de manera que quien conoce realmente una parte, puede decirse que conoce el todo, como ex pede Herculem. Así los Apóstoles poseen la plenitud del conocimiento revelado, una plenitud de la que son tan poco conscientes, como la mente humana, como tal, puede tener todos sus pensamientos presentes de golpe. Se explicitan según la ocasión. Un hombre de genio no va por la vida con su genio en la mano. En la mente de un Apóstol gran parte de su saber es latente o implícito. Tomemos dos Apóstoles, san Pedro y san Juan: según sus respectivas circunstancias o bien pueden enseñar lo mismo en común, o bien lo que es explícito en san Pablo puede estar latente en san Juan y lo que es explícito en san Juan puede estar latente en san Pablo.⁸

La transmisión del Credo

Pero ¿cómo puede este conocimiento, en parte explícito, en parte implícito, [...] ser transmitido a la Iglesia después de ellos? Así: pienso que el Credo (esto es, el Depósito, pero digo Credo, porque es más inteligible, al consistir en artículos) fue entregado a la Iglesia con el don de conocer su verdadero y pleno significado. Una filosofía divina se confía a su guarda. No un número de fórmulas en las que un pedante teólogo pudiera hacer consistir la teología, sino un sistema de pensamiento, sui generis, en el sentido de que una mente que estuviera poseída por él, esto es, la mente de la Iglesia, podría decir en términos definidos y sin error si una parte, tradicionalmente expresada, significa esto o aquello, y si esto o aquello es concordante o inconsistente con él en todo o en parte. Sostengo que no hay nada, que la Iglesia ha definido o definirá, que un Apóstol, al ser preguntado, no hubiera sido plenamente capaz de responder, tal como la Iglesia ha respondido, el Apóstol respondiendo por inspiración y la Iglesia por el don de la infalibilidad. Y [sostengo] que la Iglesia nunca será capaz de responder o ha sido capaz de responder lo que los Apóstoles no pudieron responder, por ejemplo, si a tierra está quieta no, o si una república es o no es mejor que una monarquía. Con la diferencia de que un Apóstol podía responder las preguntas al momento, en cambio la Iglesia las responde con intermitencias, según tiempos y épocas, frecuentemente con demoras y retrasos, según es dirigida por su divino Instructor. Y en segundo lugar, [sostengo] que la Iglesia puede dar respuestas que los Apóstoles no dieron y en cierto sentido ignoraban, aunque las habrían conocido, es decir, las habrían tenido presentes en su conciencia y las habrían respondido, si se les hubiera formulado las preguntas.

He expuesto esta particularidad superioridad (por decirlo así) de los últimos tiempos sobre los Apóstoles, cuando más arriba tomé a Aristóteles como ejemplo. Y ahora

8. Por inadvertencia san Pedro y san Juan se convierten en san Pablo y san Juan.

voy a exponer otra superioridad, que descansa en la existencia y el conocimiento de la fraseología científica. Si se hubiera preguntado a san Pablo si la concepción de Nuestra Señora fue inmaculada o si nació sin pecado original, ¿es equivocado decir que habría quedado desconcertado por las palabras “concepción”, “inmaculada” y “pecado original”? Si admito que hubiera guardado silencio y hubiera dejado la pregunta sin respuesta, ¿le estoy negando un perfecto conocimiento de todo lo que la Iglesia en tiempos posteriores ha desarrollado y desarrollará hasta el final? ¿O simplemente estoy diciendo que la fraseología científica no estaba entre los lenguajes que fueron comprendidos en el don Pentecostal? Pero si se le hubiera preguntado si Nuestra Señora tuvo o no tuvo la gracia del Espíritu antes de todo pecado, incluyendo el pecado imputado a Adán, pienso que habría respondido afirmativamente. Y aunque nunca se le formulara la pregunta, yo diría que tenía en su mente la decisión de la Iglesia en 1854 in confuso o implícite.

Otra cuestión que quisiera aclarar: ¿qué se entiende por la mente de la Iglesia, o la de los apóstoles confiando su filosofía a la Iglesia, aunque no individualmente a cada Padre o Doctor? Porque la Iglesia no es una persona, como lo es un Apóstol, sino que está compuesta de Padres o teólogos. ¿Cómo entonces pueden tener todos juntos una mente, que no sea la mente de cada uno? No es una respuesta decir que la mente a la que se confía el Depositum es la mente infalible del Papa, a no ser que le consideremos infalible como un Apóstol en todo tiempo, cuando sabemos que sólo lo es *ex cathedra* [...].

Pienso que el Depósito se ha confiado a la Iglesia o al Papa en este sentido: que cuando el Papa se sienta en la cátedra de san Pedro, o cuando el concilio de Padres y doctores se reúne a su alrededor, [el Depósito] es capaz de estar presente en sus mentes con aquella plenitud y exactitud, bajo la operación de la gracia sobrenatural, con la que reside habitualmente, no ocasionalmente, en las mentes de los Apóstoles.

Escribo todo esto con gran desconfianza, aunque es una manera de ver que mantengo desde hace muchos años.⁹

JOAN PEGUEROLES, S.I.
Universitat Ramon Llull

9. Los subtítulos de ambas cartas son míos.